

una peonza que gira, su fortuna una obscuridad, su fama un juicio de ciego. En resumen, todo en su alma no es más que ilusión y humo.

»Pensar de otro modo es poner la felicidad fuera de nosotros, sin considerar que ella consiste en el goce íntimo unido a la conciencia de la propia grandeza. He ahí por qué el sabio que la posee goza de toda la felicidad posible y no espera nada más allá.

»No deseemos más que lo indispensable y prescindamos alegremente del resto, según la divisa célebre: *sustine et abstine*, soporta y abstente.

»Cuando las servidumbres de la vida sean demasiado pesadas, el sabio puede afirmar su libertad frente a la Naturaleza, rechazando valerosamente la vida».

Tan elevada moral, por haber violentado excesivamente la Naturaleza, por no haber reconocido el derecho del ser humano a la intensidad de la vida íntegra, llegó al culto de la muerte, lo mismo que el cristianismo. Con cierta razón pudo decir André Lefevre:

«La virtud estoica fué verdaderamente una virtud mortuoria y no humana. Si el sabio, en lugar de abrirse las venas a la orden del amo, hubiera matado al lictor, hubiera convertido su casa en una ciudadela sitiada y hubiera amotinado ruidosamente al pueblo, hasta si hubiera huido, habría hecho más por la libertad y la justicia. Las complicaciones de apotegmas caerían de muchas bellísimas palabras: las heroicas respuestas de Epicteto, esclavo, al amo que le rompía la pierna y los austeros preceptos de su *Manual*, y las conmovedoras efusiones místicas de Marco Aurelio no hubieran ofrecido modelos de magnanimidad a los mártires del desprendimiento, a *La imitación de Cristo*, de unción a los predicadores; pero los césares hubieran temblado sobre sus tronos y aun hubieran caído de ellos».

No obstante, lo que hace particularmente admirable la moral estoica es su dignidad, su inflexible arrogancia. La voluntad del estoico es un resorte en tensión constante, y es seguro que

ese perpetuo esfuerzo de la voluntad dió a los estoicos la ilusión del libre albedrío.

Los estoicos sólo tienen energía para la resistencia pasiva, pero en esto son a la vez nobles, heroicos y delicados: «Hay gentes—dice Epicteto—que prefieren presentar el vaso de noche a un amo a morir de hambre; los hay también que no podrían soportarlo: examina lo que vales».

«No se ha de temer—dice en otro lugar—la pobreza, el destierro, la prisión ni la muerte; pero se ha de tener miedo al miedo.

»Lo que Sócrates dijo e hizo—dice además—, negándose a huir y muriendo por la justicia, nos es mucho más útil que lo que hubiera dicho y hecho después de haber huído».

Nada más delicado que la respuesta de una dama romana que a todo riesgo enviaba una gran cantidad a una amiga suya desterrada: «Preferiría que Domiciano la robase a no haberla enviado».

Y la réplica de Helvidio Prisco a Vespasiano, que le amenazaba de muerte si iba a votar al Senado: «Los dos haremos lo que dependa de nosotros: tú me matarás y yo sufriré la muerte...»

¿Qué ganó con ello?—se preguntará. «Pues—dice Epicteto—lo que gana la púrpura sobre una túnica: adorna, embellece e inspira deseo de imitarla».

El cristianismo ha tenido sus entusiastas, sus mártires y sus fanáticos; pero no ha conocido ese heroísmo pacífico, razonado, invencible, que es como la quinta esencia de la energía y de la dignidad humanas, que tan alta representación tuvo en el mundo.

En efecto, considerando el mundo antiguo hacia el siglo VI antes de nuestra era, no se ve más que diversidad, desigualdad, confusión y desorden, porque en todas partes reina soberanamente el principio de la fuerza. No se encuentra huella alguna de civilización verdadera, sino es sobre un punto apenas perceptible, es decir, en los países habitados por los griegos jónicos. Sé que esta opinión parecerá